

Para mejor urdir aquesta trama
Y por tal ocasion andar armados,
Con falsa relacion echaron fama
Estar los naturales rebelados:
Esta con tal astucia se derrama,
Que puso por allí nuevos cuidados,
Y en efecto por darse buena maña
Hicieron ser creible la patraña.

Mas el astucia para su mal hecho
Y el orden que tenian concertado,
A los vecinos fué de gran provecho,
Por andar todos ellos á recado:
Y aun la malicia del tirano pecho
Se habia no sé cómo rezumado
Por clérigo quel caso representa,
Y á Vicente Tamayo le dió cuenta.

Diciéndole: « Señor, vivid alerta
Para la gran maldad que se recela,
Porque si no, sin duda será muerto
Con otros vuestro hermano maesescuela:
Hase por ciertas vias descubierta
Traicion que yo no tengo por novela,
Y hay gran necesidad que se provea
A lo que puede ser, antes que sea.»

Esto fué en Cali, do visitaba
Entonces el obispo ya nombrado,
Y el Luis de Guzmán también estaba
Allí, ni mas ni menos ocupado:
Tamayo, puesto caso que de brava
Enfermedad se via fatigado,
Tomó las armas y saltó del lecho,
Y al buen gobernador se fué derecho.

Diciéndole: « Señor, como doliente
Traigo harta mas cólera que flema,
Por otro mal que tiene de presente
De se curar necesidad estrema,
Primero que la hinchazon reviente
Y á sanos inficione su postema,
Porque esta noche santa se desmanda
A duro sinsabor rebelde banda.

« Conviene que vivamos advertidos,
Listos el arcabuz, caballo y lanza,
De todas armas bien apercebidos
Hombres de quien se tenga confianza,
Porque si fuéremos acometidos
Tomeis á vuestro gusto la venganza,
Y para descubrir esta demencia
Se haga la posible diligencia.»

Guzmán que por el gran César Augusto
Mandaba, dió respuesta comedia,
Diciendo: « Señalad á vuestro gusto
Personas que aseguren la partida,
Pues es lo que pedis negocio justo,
Y en ello no va menos que la vida:
Apercebirlos heis, y sin embargo
Las diligencias quedan á mi cargo.»

Al capitán Patiño luego vino
A le notificar el embajada
Con Alvaro Patiño su sobrino,
Y al Alonso también de Fuenlabrada,
Y á un Alonso Flores, hombre dino
De confiar el caso de su espada,
Y Alonso Ramos y Alonso Burgueño,
Alonsos todos, pero no con sueño.

Porque, con otros bien aderezados,
Tal orden dieron en las procesiones,
Que no pudieron dar los conjurados
Efectos á sus malas intenciones:
Pero firmes en ellas y obstinados
Esperan adaptadas ocasiones,
Sabiendo bien disimular el ascua
Hasta llegar primer dia de Pascua.

Entonces, los oficios comenzados,
Y cada cual con su mujer ó hijo
Dentro del santo templo congregados,
Entraron so color de regocijo
Con breve compañía de soldados
El Villagrán, Mendoza, y el Orquijo,
Arcabuces cargados, vivas mechas,
Y de sulfúreo polvo cargas hechas,

Alegres muestras, pero de malos
Intentos, sediciosos y profanos,
Que no ganaran en los desatinos
Si comenzaran hechos inhumanos,
Por estar bien armados los vecinos
Y copia de arcabuces en las manos,
Y así con apariencias sencillas
Ante el altar hincaron las rodillas.

Después les dieron cortesanamente
Las buenas Pascuas, como por cohechos,
Mostrándoles el rostro diferente
De aquello que tenian en los pechos:
Pretenden luego dividir la gente
Para mejor efectuar sus hechos,
Manifestando cartas fementidas,
Diciendo ser de Popayán venidas.

Y lo que contenian en substancia
Era decir tenellos apretados
Caciques que con fuerza y arrogancia
Acometieron por diversos lados,
Y que los tambos de cualquier estancia
Tenian destruidos y asolados,
Con tal color y tanta menudencia
Que de verdad traian apariencia.

Consultaron lo que hacer se puede
Sin saltar del buen término la raya,
Porque podría ser, como sucede,
Que en la resolución engaños haya:
Y así conciertan que Guzmán se quede
Y el obispo con solos veinte vaya:
Y el negocio sabido por entero
A las voladas venga mensajero.

Partióse luego con aquella gente
Que señalaron para compañía,
Vicente de Tamayo juntamente
Quel número de veinte concluía:
A Popayán llegados, ven patente
Ser falso todo lo que se decía,
Y así con relacion de lo que consta
Enviaron á Cali por la posta;

Do Fuen Mayor, por término discreto,
Antes de levantarse mayor llama,
Al Luis de Guzmán en gran secreto
Fué descubriendo hilos de la trama,
De lo cual resultó quedar subyeto
A sospechas tocantes á su fama,
Y él y Villavicencio de sus puestos
En alguna manera descompuestos.

Por regalar aquella picardia
Bergantisca de mozos inquietos
En sus moradas, con intencion pia
O por otros magníficos respetos:
Mas al fin de la mala compañía
No podian nacer otros efectos,
Y así por imputalles la malicia
Les convino purgarse por justicia.

Sabida pues la pérdida maraña
Y tractos desta máquina traidora,
Y visto cómo muchas veces daña
En semejantes casos la demora,
El Luis de Guzmán se dió tal maña,
Que se prendieron dentro de una hora,
Poniéndoles prision cual convenia,
Y guardas que los velen noche y dia.

Y al mismo Fuen Mayor le dió recados
Para que á Popayán luego se parta
A recoger los otros encartados,
De quien él mismo dió noticia harta:
Cumplió con su deber, y de culpados
A Cali trajo razonable sarta,
Que decian: « Alonso, buen alhaja,
Encima nos echastes la baraja.»

Y otras desenfrenadas demasias,
Cuyo son lastimaba sus orejas,
Porque le dicen: « ¿ Cómo te desvias,
Siendo zorro mayor, de las vulpejas,
Habiendo solo tres ó cuatro dias
Que corrias con ellas las parejas?
Debió de ser que por algún espanto
Te hizo la Semana Santa, santo.»

CATALOGO

de los gobernadores de Popayán, y cuasi epilogo de lo
contenido en su historia.

EN METROS SUELTOS.

Don Sebastián de Benalcázar vino
Por el marqués don Francisco Pizarro;
Este con mas altivo pensamiento
Quiso hacer cabeza de su juego
En la tierra que habia descubierta,
Y al gran emperador don Carlos Quinto
Della pedir el adelantamiento.

Con estas intenciones resolutas
Partió para Castilla, y entre tanto
Llegó de Lima Lorenzo de Aldana
A tomar el gobierno por Pizarro,
Que sus propósitos adivinaba.
Aldana, removiendo los jueces,
Puso por el marqués otros tenientes,
Cabildos y justicias, y esto hecho
A Pirú se volvió para dar cuenta
De cómo lo dejaba todo llano
Y en obediencia suya los vecinos.

Poco después un Pascual de Andagoya,
Que fué del Rio de San Juan nombrado
Gobernador, entró violentamente
En Popayán, diciendo ser aquello
De la gobernacion que le fué dada:
Y fué de todos los conquistadores
Por tal gobernador obedecido.

Benalcázar volvió con el gobierno
E título y honor de adelantado,
El cual fué con aplauso recebido
De todos ellos, porque le tenian
Amor sincero, claro y entrañable,
Y al Pascual de Andagoya prendió luego
Haciendo diligencias en el caso.

A la sazón llegó Vaca de Castro
Que lo mandó soltar de las prisiones
Como juez superior en mando,
Llevándolo con otras compañías
A reinos de Pirú, do sospechaba
Habello menester para la guerra
Que por la muerte del marqués Pizarro
Esperaba tener, como la tuvo,

Con el mestizo don Diego de Almagro.
Pasados años, Blasco Nuñez Vela,
Estando por virey de aquellos reinos,
Habiendo padecido duros trances,
A Popayán se vino retrayendo;
Y para revolver contra rebeldes
Llevó con otros muchos valerosos
A Benalcázar en su compañía.

Estando Benalcázar ocupado
En servir al virey, llegó de España
Un licenciado dicho Miguel Diaz
De Armendariz, que trajo por gobierno
El reino y otras tres gobernaciones,
Que la de Popayán una fué dellas,
Adonde desde la de Cartagena
Jorge Robledo vino por teniente,
Quel dicho Miguel Diaz enviaba,
Como quien lo tenia por amigo,
Porque vinieron de Castilla juntos,
El Robledo por mariscal nombrado
Desta gobernacion, donde antes era
Capitán por el dicho Benalcázar;
Do resultó querer correr parejas
Con él, y al rey pedir otro gobierno
De los pueblos que por el Benalcázar
El Robledo fundó, segun se dijo
En el proceso largo desta historia;
Pero faltando la correspondencia
Del consejo real á su deseo,
Contentóse con la mariscalia.

Llegado pues Robledo donde digo,
Desvaneciéndose con los nuevos cargos,

Pero costumbres son de los bestiales,
Por barajar el juego del castigo,
Encartar á los hombres principales
Pensando por allí hallar abrigo:
Lo mismo fué lo destes desleales,
Poniéndole la mácula que digo,
Porque después en la real audiencia
Quedó libre del caso por sentencia.

Al fin, llegado con oprobios hartos
A Cali con los cómplices del yerro,
Pedro de Villagrán fué hecho cuartos,
Y á su cabeza dan jaula de hierro:
Algunos estriraron los espartos,
Y otros se condenaron á destierro,
Embarcándolos con guarda segura
En el puerto de la Buenaventura.

Adonde residia de presente
Por alcalde mayor destes ancones
Un Nicolás Blandon, mozo valiente,
A quien los entregaron con prisiones;
Y sobre los tractar asperamente
Orquijo le habló malas razones,
Y con su cólera, que fué postrera,
Tiróle con un zueco de madera.

Abajóse Blandon en el instante,
Pasó por alto, mas do se endereza
El golpe topó cierto mareante
Que de los dos distaba breve pieza,
Y el misero, de tal fin ignorante,
Cayó, hecha pedazos la cabeza:
El Blandon revolvió, manos armadas,
Y al Orquijo le dió de puñaladas.

Ejecutada la severa pena
En el Orquijo por su desconcierto,
Luego hizo Blandon probanza llena
Con los que se hallaron en el puerto:
Sustanciada la causa, lo condena
A muerte corporal, después de muerto,
Haciéndolo colgar en un madero
Por traidor y con voz de pregonero.

Así que, para proseguir su via
No hubo menester matalotaje;
Y aun el Blandon, con blanda cortesía,
No consintió pagase carcelaje;
Mas embarcó la otra compañía,
Y á Panamá hicieron su viaje,
La cual, segun sus términos ruines,
No debió de tener mejores fines.

Y aunque la causa fué después reñida
Cuando del cargo fué residenciado,
Al fin Orquijo se quedó sin vida,
Y el Blandon no por eso castigado.
Con esto será bien que me despida
De lo de Popayán, pues he tractado
Los negocios que son de mas substancia:
Supla verdad la falta de elegancia.

Dejamos de decir en sus lugares
Cómo también etíopes süeces,
De que hoy en las minas hay millares,
Allí se rebelaron por dos veces;
Pero con los castigos ejemplares
Tienen tan gran temor á sus jueces,
Que ya ninguno del trabajo huye,
Y el mio con aquesto se concluye.

Mi voluntad reciban los presentes
Hoy reservados de mortal yactura,
Y agradezcármelo los descendientes
De los que cubre ya la sepultura;
Y si varones diestros y valientes
Quedan sin se poner en escriptura,
La culpa tienen destas sinrazones
Aquellos que me dan las relaciones.

Que bien quisiera yo ser coronista
Dellos, por dalles nombre sempiterno;
Mas ya solo me resta hacer lista,
Para dar conclusion á mi cuaderno,
De los que comenzada la conquista
A su cargo tuvieron el gobierno,
O señalados por real presencia,
O nombrados acá por el audiencia.

Enhstandose sobre los estribos
Con mas soltura que le convenia
Para pasar seguro la carrera,
Pensando por ventura ser ya muerto
Benalcázar en aquella batalla,
Donde el virey murió, cerca de Quito;
Mas no le sucedió como pensaba,
Pues vino Benalcázar, y en llegando
Dió sobrel mariscal Jorge Robledo,
Y de sus insolencias hecho cargo,
Quitóle de los hombros la cabeza.

Vino después contra los rebelados
Que mataron á Blasco Nuñez Vela,
El cuerdo licenciado Pedro Gasca,
Y á Benalcázar manda que le siga
Con gente y armas, para dar batalla
A los culpados en el alzamiento:
Cumplió con diligencia su mandato,
Hallándose con él en el conflicto
Do Gonzalo Pizarro fué vencido.

Dado ya fin á la sangrienta guerra,
Volvióse Benalcázar á su casa,
Y muy poco después de su venida
Llegó para tomalle residencia
El licenciado Francisco Briceño:
Procedió contra él, y dió sentencia
De muerte por tres veces, y convino
Con el apelacion ir á Castilla;
Y en el camino dió fin á sus dias
Dentro de la ciudad de Cartagena.

Quedó Briceño por algunos meses
Aquella nueva tierra gobernando,
Y puestas las justicias de su mano,
Al nuevo reino de Granada vino
Al uso del oficio que traía,
Por ser oidor de la real audiencia,
Donde también lo era Juan Montañó:
El cual sabiendo los rebeliones
Que de Alvaro de Oyon hemos contado,
Fué proveido para que viniese
A deshacer la máquina traidora;
Pero cuando llegó con este mando
Estaban los tiranos ya deshechos.

En este medio tiempo, nuestro César,
Sabido ser ya muerto Benalcázar,
Hizo gobernador un caballero
Que se decia Garcia de Bustos,
Al cual, viniendo por neptunas ondas,
Consumieron las llamas de Vulcano,
Y así nunca gozó deste gobierno.

Hallando pues Montañó ya quieta
La tierra y el tirano castigado,
Volvióse con la gente que llevaba
A la real audiencia, donde hizo
(Entre tanto quel rey lo proveía)
Dar el gobierno á un hermano suyo,
Dicho Pedro Escudero Herrezuelo.
Y viniendo de España proveido
Un fulano Ceron, tampoco tuvo
Ventura de llegar donde quería,
Porque metiendo paz en las Canarias,
Le dieron una mala cuchillada
Que le quitó los dias de la vida.

Fuó por la muerte deste proveida
Por la real audiencia deste reino
La gobernacion á Pedro Fernandez
De Bustos, que después por el consejo
De Indias otra vez se le dió cargo
Della, y en breve tiempo mejorado
En la gobernacion de Cartagena.

Y á la de Popayán fué proveido
Luego Diego Garcia de Paredes,
Que queriendo venir por Venezuela,
Fué muerto por los indios de Caracas,
No sin descuido del entendimiento,
Segun vereis en la segunda parte,
Adonde tracté dél mas largamente.

La real Majestad, por muerte suya,
A Luis de Guzmán le dió la suerte,
Un caballero de Guadalajara,
Hombre de gran valor y limpia vida,
A quien después el rey por mejoría

Dió la de Panamá, donde la parca,
Hechas las diligencias de cristiano,
Cortó los hilos de la vital trama,
Con gran dolor de los que lo perdieron.

Vino después Francisco de Mosquera
Por la audiencia de Quito proveido,
El cual en Popayán es hoy vecino.
Pero después de deste nuevo reino
A su fiscal Valverde le dió cargo
De aquel gobierno, donde fué subiendo
A mas altos honores, pues ha sido
En diferentes partes presidente.

Don Pedro de Agreda por este tiempo
De Castilla llegó con el gobierno,
No sé deciros si después ó antes,
Pero bien entendemos haber sido
A todos apacible caballero.

Después dél fué Garcia de Gamarra,
Hoy morador en la ciudad de Pasto,
Por provision desta real audiencia
En el dicho gobierno colocado.

En aquesta sazón llegó don Alvaro
De Mendoza, del hábito de Alcántara,
El cual casó durante su gobierno
Con su bella mujer doña Jordana,
A quien da vasallaje Cajamalca,
En reinos de Pirú, donde hoy reside;
Y en aquel tiempo que este caballero
En lo de Popayán tenia mando,
En tierra de los paeces inmitos
Pasaron cosas que por ser notables
Habré de fatigar manos y pluma
Para las celebrar, pues son indignas
De las obscuridades del silencio:
Y será necesario que tomemos
Esta carrera desde su principio,
Diciendo la substancia solamente.

El año de sesenta y dos corria
Cuando pidió de Paez la conquista
Un Domingo Lozano, que vecino
Fué deste Nuevo Reino, do tenia
Mediana suerte con que sustentarse;
Pero la condicion de los humanos
Como las menos veces se contente
Con una moderada pasadía,
A fama de los prósperos venteros,
Auríferas quebradas y riberas
Vistas por muchos en aquel terreno,
Salió de su reposo, con conducta
De capitán y número de gente,
Para fundar ciudad en aquel suelo
Que de ninguno pudo ser domado;
Y allí llegado con el aparato

De gente y armas que le fué posible,
De tal manera fué la resistencia
Y obstinacion del bárbaro gentío,
Acometiéndoles á todas horas,
Sin dalles un momento de sosiego.
Que con algunos españoles menos
Dejaron la conquista principada
Y á los indios lozanos y soberbios.

Pasáronse después algunos años,
Y el Domingo Lozano todavía
De revolver sobrellos deseoso,
Así por el honor de su persona
Como por lo demás que pretendia,
Entró segunda vez, que no debiera,
Con ochenta soldados muy bien puestos
Y no pequeña copia de ganado

De vacas y de puerco y de yeguas,
Y los demás pertrechos necesarios,
Para hacer morada permanente
Y restaurar la pérdida pasada
Ó morir en aquella su demanda,
Como le sucedió, mas por descuido
Y menosprecio que por cobardia;
Pues que como caudillo diligente,
Con esta breve copia de guerreros
Contrataba los impetus terribles
Desta nacion crúel, nunca rendida,
Sin aliojar en tan dudosa guerra,
Cuyas prolijidades quebrantarán

La mas firme constancia y osadía,
Porque fué de mas tiempo la distancia
Que la de los argivos y troyanos,
Con mil encuentros de sucesos varios
Y trances de reciprocas victorias.
Pero de tal manera, que los indios
Con su ferocidad no fueron parte
Para que los fortisimos iberos
Desamparasen los tugurios hechos,
Y un razonable fuerte que de tapias,
Con grandes sobresaltos y rebatos,
En la nueva ciudad habian hecho.

Viendo los indios pues esta constancia,
Y cómo en doce años de conquista
Nunca jamás hicieron mudamiento,
Antes con mas hervor y diligencia
Se mejoraban en los aposentos,
Saliéronles de paz ciertos caciques,
Y dieron subyeccion mai entendida,
Los cuales convocaron otros muchos
Que con gran humildad daban servicio
Y todo lo demás que les pedian,
Segun y como tienen de costumbre
Los bárbaros domados y quietos;
Y en esta subyeccion permanecieron
Algunos dias, siempre deseando
Hallar dispusicion acomodada
Para poder hacer algun buen salto.

El Domingo Lozano, como viesse
Estas exteriores apariencias,
Creyendo ser la causa porque estaban
Ya quebrantados de tan larga guerra,
Procuró luego de coger el fruto
De sus trabajos, y los ricos granos
Que las doradas venas producian,
Con mayor libertad y mas á gusto
Que solian en otro tiempo, cuando
Eran ratos hurtados y medrosos
Los que en los minerales se gastaban:

Y así se hizo luego rancheria
Donde se recogiesen españoles
Y los indios y negros que labraban
Las vetas y veneros caudalosos,
Cuya prosperidad, si les durara,
Fuera mas que bastante recompensa
A riesgos y trabajos padecidos;
Y así para que con seguridades
Gozasen desta grata granjeria,
Se repartieron en iguales partes
Unos en la ciudad que la guardaban,
Y otros para defensa de las minas:
En las cuales el Domingo Lozano
Con los demás soldados asistia,
E un Alonso de Arce, sevillano,
Soldado de los viejos de Antioquia,
Que tuvo siempre mala confianza,
Y no sentia bien de la blandura
Desta dura nacion; y no fué vana
Aquella presuncion con que vivia.
Pues habiendo gastádose dos meses
En recoger gran cantidad de oro
Con la solicitud de las bateas,
Una bárbara del Alonso de Arce,
Que lo queria bien segun parece,
En gran secreto le habló diciendo:

«Aquesta noche se nos apareja
Grave calamidad y pesadumbre,
Segun me certifica cierta vieja.

»La cual vió que bajaba de la cumbre
Con lanzas y macanas y con flechas
De bárbaros crecida muchedumbre.
»Tomad las armas y encended las mechas,
Y guarde cada cual de vos su frente,
Porque estas no son frivolas sospechas.

»Y si pudiere ser incontinente
Enviareis á la ciudad correo
Que les avise del inconveniente.

»Pues dice que darán, é yo lo creo,
En una y otra parte juntamente,
Para poder hacer mejor empleo.»

El Arce, como bien acuchillado,
Y destas amistades sospechoso,

Al Domingo Lozano le dió cuenta
De lo que su criada le decia.
Responde con desdén, altos los dedos,
Sin dar reguardos á su salud propia:
»Esos deben de ser los vanos miedos
De los soldados viejos de Antioquia;
Los indios en sus pueblos están quedos,
Y no tienen de fuerzas tanta copia
Que gozando de paz en sus viviendas
Procuren renovar viejas contiendas.»

Esto le respondió, de que me espanto,
Por ser hombre sagáz y recatado,
Antiguo capitán, y en estos trances
Ninguno mas astuto ni rompido;
Pero la presuncion y confianza
Que de su discrecion algunos tienen,
Suele cegalles el entendimiento
De tal manera que no ven las rédes
De los engaños hasta que perdidos
Y sin tener remedio dan en ellas.

Al fin el Arce se volvió corrido,
Mas de su vida nada descuidado,
Pues alistó sus armas, y al caballo
Le puso silla y freno, y ansimismo
Apretó las correas al espuela;
Y la nocturna sombra ya tendida
Por aquel hemisferio y horizonte,
Purgó bien los oídos, y á los ojos
Nególes el regalo que pedian,
Por no dormir el sueño de la muerte.

Llegóse pues aquella mortal hora,
Terrible y espantoso sobresalto,
Cuando la fusca noche demediaba
Sus cursos y en olvidos sepultados
Estaban todos con el torpe sueño:
Acometiéronles por todas partes
Segun impetuoso torbellino
Que barre cuanto halla por delante.

Encienden luego los pajizos ranchos;
Rompe los aires el clamor horrendo
Del bárbaro furor, y los gemidos
De aquellos miserables que tenían
El suelo con la sangre de sus venas;
Pues aunque los mas dellos toman armas
Con algun daño de los vencedores,
Fué tan impetuosa la creciente
Que no les dió lugar á congregarse
Para hacer comun la resistencia.

Y así, sin escapar cosa viviente,
Pasaron por el trance postrimero.
Esepto Alonso de Arce, que velaba,
Y al primero bullieio salió fuera
En su caballo bien apercebido,
Cebando bien el hierro de la lauz;
Pero la multitud de las opuestas
Cargó sobrel con tanta vehemencia,
Que luego le hirieron el caballo
De mortales heridas, pero antes
Que lo dejase dentro del conflicto
Salióse fuera lo mejor que pudo
Con gran solicitud de las espuelas,
Hasta que le faltó vital aliento,
Y el amo se quedó sin el alivio
Que le solian dar los piés ajenos;

Pero valióse luego de los suyos
Rompiendo por el monte mas cerrado
Vuelta de Timaná, por ser viaje
De mas seguridad para su vida.
Y dándole temor ligeras alas
Cuando febeos rayos parecian,
Vido del rio Grande las riberas,
Cuyas aguas tenia contrapuestas,
Y para cuyo curso presuroso
Sus fatigados brazos fueron remos,
Con los cuales llegó donde ya pudo
Poner las plantas en enjuto suelo,
Harto necesitadas de descanso;
Mas inminente riesgo no consiente
Hacer un solo punto de tardanza,
Y así vuelven al curso dividido,
Hasta que en Timaná hicieron pausa,
Con tal demostracion que bien se via

La priesa que trajeron caminando.
Allí manifestó la desventura;
Y como brevemente convenia
A don Alvaro dar aviso presto,
En Popayán adonde residia
Despacháronle las cartas, y al momento
Que de tan gran desmán tuvo noticia
Sesenta buenos hombres apercibe,
Y a Santa Cruz que fuese por caudillo,
Capitán de valor y confianza:
El cual luego salió con pié siniestro
A socorrer el pueblo, presumiendo
Que pues allí tenían fortaleza,
Podrían algún día defenderse,
Y entretenerse hasta qué llegase,
Pues era cosa clara y evidente.
Que muertos los que estaban en las minas
Habían de barrer lo que quedaba
Si no se recogían donde digo,
Pero si dentro dél se defendían,
Se podría llegar á coyuntura
Que les valiese mucho su socorro.
Aquesta conjetura no fué vana,
Pues es así que por el mismo tiempo
Que dieron en el Domingo Lozano,
Estaban sobre el pueblo dos mil indios
Para dar el asalto concertado;
Pero como tenían centinelas
Y rondas á caballo vigilantes,
Sintieron la tormenta que venia
Y á grandes voces dicen: « ¡ Arma, arma! »
Despiertan á la grita los dormidos,
Y á gran priesa metieron en el fuerte
A los imbeles niños y mujeres
Y cosas que hallaban mas á mano.
Ansímismo llegada la pujanza
Y terribilidad de los contrarios,
Los unos y los otros se encerraron
Con los caballos, armas y alimentos
Que el caso repentino les concede.
Y la tumultuosa pestilencia,
Con el alborotado movimiento
Que suele cuando va desenfrenada,
Saquéo luego las desiertas casas
Y el resto que quedó de las alhajas;
Fueron por todas partes encendidos
Los mal afortunados edificios,
Y estiéndose las furiosas llamas;
Vuelan acá y allá vivas centellas
Por los movibles vientos derramadas,
De tal manera que los resplandores,
Hacían de la noche claro día,
Y el número crecido de paganos
Se descubria con la mucha lumbre,
No sin grave dolor de los cercados
Viendo la furia que los amenaza,
Y para resistilla solos treinta
Que puedan contra tantos tomar armas;
Vian aquella fuerza de lebreles
Que ya se prometían la victoria
Para cebar los vientres carniceros
En carne del católico rebaño;
Vian poco recurso de alimentos
Para se defender prolijos días
En la desproveída fortaleza;
Vian que no podían dar aviso
A quien les proveyese de socorro,
Y que según las muestras eran muertos
Aquellos que asistían en las minas;
Vian que puesto caso que escapasen
(Por imposible) desta desventura,
Pauérrimos quebaban y desnudos
Y en estremo de miserable vida;
Y demás desto, cosa que mas duele,
Vian que de las llamas no reservan
La casa de los santos sacrificios,
Imágenes de sanctos y de sanctas
Y todos los benditos ornamentos
Allí dicados al divino culto,
Que sin haber defensa ni remedio
Fueran en breve espacio consumidos.
Mas no fué de misterios tan ayuno

Aquel incendio del pajizo templo,
Que no mostrase Dios sus maravillas
Con un alto milagro bien sabido
De cuantos viven en aquel terreno:
Y fué que con estar de vivas llamas
Un alto Crucifijo rodeado
Que en el templo tenían, y abrasarse
Lo circunstante dél sin quedar cosa,
La cruz se halló sana, y él ileso,
Y en tanta perfeccion que con su vista
Olvidaron su grave desconuelo;
Y como tanteando la huida
(A que anhelaban siempre) si pudieran,
Faltaba cómodo para llevarlo
Con la decencia que se requeria
Por ser imagen prócera de bulto,
Tallada de materia ponderosa,
Entre toda la gente se reparte,
Quedando cada cual con su reliquia,
Tenidas hoy en grande reverencia:
Por cuyos medios Dios ha restaurado
A muchos hombres la salud perdida.
Mas ellos no pudieron por entonces
Hurtar el cuerpo deste grande riesgo,
Porque noches y días los velaban,
No sin intolerables baterías,
Las cuales resistían los cercados
Con balas de fumosos arcabuces
Y jaras impelidas de ballestas,
Con que no poco daño les hacían.
En aquella sazón questo pasaba
El Santa Cruz venia caminando
Con aquellos sesenta señalados
Para los socorrer en tal angustia,
Sin lo saber los que se ven en ella:
Socorro necesario si viniera
Para se deslizar de la presura;
Pero desbaratose su llegada
Por un cruel antojo de fortuna.
Este fué, que los bárbaros supieron
De espías por la parte que venia,
Y ocuparon un paso montuoso
De gran dificultad en su salida;
Allí se puso número de gente
Oculta y repartida por el orden
Que mas les pareció que convenia;
Dejáronlos entrar, y caminando
Por el cerrado paso y angostura,
Precipitaron galgas preparadas
Que por delante todo lo barrían,
Quebrando piernas, brazos y cabezas,
Huesos, costillas y otras conyunturas;
Llueven lanzas y flechas mas espesas
Que gotas por los aires esparcidas
Cuando preñadas nubes las envían;
No les valen escudos ni celadas,
Lorigas ni las armas ofensivas;
Caballos y señores bay caídos,
Revueltos y confusos, como cuando
Una rigurosísima procela
Pasa bramando por espesa selva
Altas y bajas plantas arrañando.
Y en confuso montón las acumula;
Horrisonos clamores y gemidos
Dan clara muestra desta gran desdicha,
Ansí de parte de los vencedores
Como de los vencidos miserables,
A quien los bárbaros sobrè seguro
Por una y otra parte rodearon,
Con golpes de macana rigurosa
Y con espesas lanzas, hasta tanto
Que á la sangrienta lid dieron remate.
Y todos, sin quedar cosa viviente,
Gustaron en brevísima distancia
De los acerbos tragos de la muerte,
Escepto dos ó tres de reataguardia
Que quedaron atrás embarazados
Y se valieron de sus piés lijeros
Rompiendo por caminos desusados,
Hasta llegar á Popayán, do dieron
Nuevas de la desgracia sucedida.
Y así don Alvaro con el deseo

Que tiene de librar á los del pueblo
Del gran aprieto que se presumia,
Apercibió cien hombres principales
Que le siguiesen en aquel camino,
En cuyo riesgo puso su persona,
Y con la priesa que se requeria
Trabajó de hacer esta jornada.
En este medio tiempo los sitiados
En su defensa no perdían punto
Contra los bárbaros atrevimientos,
Queriéndoles entrar á escala vista,
Inquietándolos á todas horas;
Mas viendo que las balas y saetas
A muchos traspasaban las entrañas,
Fingieron irse todos á sus casas
Alzándose el importunq cerco,
Creyendo (como fué) que ya tenían
Falta de necesarios alimentos,
Y que debajo de nocturna sombra
Habían de desamparar la cerca
Procurando hacer oculta fuga,
Había pues un paso trabajado
Inevitable para su jornada,
No lejos del asiento deste pueblo,
Donde los cautos indios se emboscaron
Cubiertos con el monte, y estuvieron
Una, dos y tres noches esperando.
Los miserós cercados, como vieses
Que ya todas las cosas les faltaban
Y que ningunos indios parecían
Que pudiesen poner impedimento,
Entraron en acuerdo y en consulta,
En la cual de comun consentimiento,
A morir ó vivir, fué concertado
Que cuando la tiniebla los cubriese,
Hiciesen oracion devotamente
Y luego se pusiesen en camino
A pueblos de cristianos, do pudiesen
Tener algunas horas de descanso.
Viendo pues una noche tenebrosa,
Tácitamente, sin haber bullicio,
El parecer pusieron en efecto,
Y en escuadron, aunque debilitado
Con niños y mujeres, caminaron
Al angostura que forzosamente
Habían de pasar sin escusalla,
Adonde los ministros de la muerte
Tenían á su gusto la celada.
Con algunas espías por de fuera
Que por ocultas vías acechaban;
Y ellos entre temor y confianza
A priesa caminaron por lo llano,
Sin hallar cosa que les perturbase
Hasta llegar á vista de aquel paso,
Con el cual deseaban encubrirse
Y salirse del raso descubierta
Antes de vellos enemigos ojos,
A quien la turbia niebla de los suyos
No vian, aunque los tenían juntos,
Y quieren á sus manos entregarse.
Mas antes de dejar el campo raso
(¡ Oh clemencia de Dios omnipotente!)
Un escuadron de vacas de las suyas,
Que se quedaban á sus aventuras,
Allí se les pusieron por delante,
Las cornigeras freñas sacudiendo,
La tierra con las uñas escarbando,
Y con los torvos rostros encarados
Para romper con ellos, muchas veces
Con acometimientos denodados,
Pero de tal manera que no llegan
A herir ni hollar ni maltractallos;
Mas con tanta porfia de amenazas
Con cuernos y bramidos, que convino
Volver donde vinieron retrogrados,
No sin admiracion deste suceso,
Mal entendido dellos por entonces;
Mas no se tardó mucho sin que sientan
Haber sido regalo soberano,
Porque como los bárbaros oyesen
De los que los tenían espíados
Que se volvían á la casa fuerte

Dejando su camino comenzado,
Salió la turbamulta de los lobos
Siguiendo la católica manada,
Y alcanzárahlos antes del refugio
Si las opuestas vacas no les fueran
Corriendo acá y allá gran embarazo;
Mas apenas tomaron la clausura
Cuando llegó la barbara potencia,
Comenzando de nuevo los combates,
Donde los fatigados españoles
Responden con esfuerzo mas que humano
Tiempo y espacio que duró dos días,
Sin que tuviesen punto de descanso.
Faltaban ya guerreras municiones,
Faltaban ya las fuerzas de los brazos,
Faltábales sustento con que puedan
Cobrar aliento para la pelea,
Con gran protervidad continuada.
A Dios van importunas oraciones,
Armas que solamente les restaban;
Y estas fueron tan fuertes y eficaces,
Que llegada la luz del tercer día
Después que sucedió lo de las vacas,
Huyen los indios repentinamente,
Segun pareció ser, por la noticia
Que tuvieron de que venían cerca
Cristianas gentes bien aderezadas
Y que estaban de allí poca distancia.
Los nuestros piensan ser estratagemas,
Y alguna astucia como la pasada;
Pero salieron presto desta duda
Oyendo voces de los españoles
Y estruendo de caballos, con que luego
Se desterraron pálidos temores:
Con presurosas manos quitan trancas
Del aferrada puerta, y á porfia
Salen á ver quien eran los que traen
La salud y reparo de su vida;
Conocen á don Alvaro, delante
De quien hincaron todos las rodillas,
Desfigurados, flacos, consumidos,
Con pálidas y sórdidas mejillas:
Danle mil bendiciones y alabanzas
Al obrador de tales maravillas,
Que cuando mas desnudos de esperanza
Proveyó de socorro tan á punto,
Que si dél discrepara, su remedio
Era muerte cruel y desastrada.
Visto pues por don Alvaro la falta
De posibilidad para valerse
Entre tan atrevido barbarismo,
Trajo consigo los que en él estaban,
Quedándose los puez con su honra,
Libres de vasallaje y servidumbre,
Y en franca libertad, sin que consientan
Estraño morador en su provincia.
Concluso por don Alvaro su curso,
Sucedió don Hierónimo de Silva,
Y por ausencia dél fué deste reino
Bartolomé de Mazmela nombrado
En tanto que de España proveían;
Y entonces fué cuando Peró Fernández
Tuvo despachos del real consejo
Para tener de Popayán el mando,
Pasándolo después á Cartagena.
Sucedíole después Sancho García
Del Espinal, hidalgo conocido,
Dicace de gentil entendimiento,
Que *per antiphrasim* era su nombre;
Pues al saber callar le llaman Sancho,
Y él por saber hablar satirizando
Fué por los senadores descompuesto,
Que en la ciudad de Quito residian,
Francisco Auncibay el uno dellos,
Y otro Cañaverál, su *compañero* (1).
Y aquestos dos prendieron al obispo

(1) El original decía:

Y otro Cañaverál que Cañavera
Le dan por otro nombre detractores.

Lo cual está testado, con una nota al margen que dice: estas cosas desdoran la historia.

De Popayán, don Agustín Coruña,
No sé con qué color, mas no les falta
A los que tienen intención dañada;
El cual en Popayán es hoy prelado,
Doctísimo varón, fraile agustino,
Ejemplo de esencial recogimiento.
Removido pues el Sancho García,
Vino con el gobierno de Castilla
Un Juan de Tuesta Salazar, que todos
Hoy conocemos con aqueste cargo,
Y conocimos antes de tenello
Por hombre bien compuesto y avisado.
Estos gobernadores solamente
Tuvo desde el primero fundamento
Hasta el año que corre de presente
Doce menos del número de ciento
Con los mil y quinientos de creciente,
Contados desde el santo Nacimiento
Del Hijo que parió Madre doncella:
Inmensas gracias doy á él y á ella.

Ve con Dios, historia mia,
Salida de mis entrañas;
No temas mordaces mañas
Ni al que tiene, como Lia,
Ojos llenos de lagañas:
Este tal nunca te vea;
Mas suplico que te lea
Quien es de verdad amigo,
Pues tú no llevas contigo
Cosa que verdad no sea.

HISTORIA

de la gobernacion de Antioquia y de la del Chocó, adyacentes á la de Popayán, nuevamente desmembradas de ella por provisiones de la real Majestad del rey don Felipe, segundo deste nombre, nuestro señor.

De lo de Popayán dimos razones
Desde su primitivo fundamento;
Mas como ya cristianas poblaciones
Por sus confines van en crecimiento,
Restan agora dos gobernaciones
Subyectas á moderno regimiento,
Inclusas entre los tres grandes rios
De quien atrás tractaron versos mios.

Y así para que quede definido
Lo deste territorio, con historia
Que haga su discurso conocido,
No las quiero dejar sin esta gloria,
Pues en aquellas han acontecido
Proezas altas dignas de memoria,
Ansí de parte de la gente nuestra
Como de la de allí, no menos diestra.

Aquestos rios pues de quien di llena
Relacion en las partes que convino,
Son Darien, Cauca y de la Magdalena,
Que corren gran distancia de camino
Hasta que juntos llegan al arena
Y riberas del término marino;
Y entre los tres hay rios y quebradas
Tantas, que no podrán ser numeradas.

Donde, según la vista verifica,
Se contiene riquísimo tesoro,
Por ser en general la tierra rica,
Y rios y quebradas manan oro;
Y así dice quien esto certifica,
Que mora de presente donde moro,
Haber en todas partes y lugares
Infinidad de minas singulares.

Juan de Alvarado Salazar se llama,
Viejo conquistador de aquellos senos,
Cuyo valor en ellos se derrama
Y en otras partes por sus hechos buenos,
De los cuales nos da muchos la fama,
Pero los que publica son los menos;
En esta descripción, la suya sigo,
Por ser antiguo y ocular testigo.

Dice que entre los rios ya nombrados
Hay también otros dos harto famosos,
Nichi y Porce, que pueden ser contados
Entre los que llamamos caudalosos;
Y por los unos y los otros lados
Hay indios por extremo belicosos,
En sus costumbres poco diferentes,
Y las provincias son estas siguientes:

La principal en éstas es Catia;
A la segunda llaman Ibijico,
Comun contrato desta serranía,
Y así su morador sagaz y rico;
Y así se sigue, cuya valentía
Escede todas estas que publico:
Mas adelante desta van las casas
De Penço, tierra de zafanas rasas.

Por las cuales también la de Norisco,
Sin ocupar lugar montaña alguna,
Y las que caen en él, que es montisco,
Son Ituango, Pubio, Ceracuna,
Pebere Nitana, Tuin, Cuisco;
Tierras de menos próspera fortuna,
Araque, Carautá, con Guazuceco,
Y otra primera quellas, dicha Tecó.

Todas estas de montañés terreno,
Y por do la montaña se divierte,
Usan todos de flechas con veneno,
Certísimo ministro de la muerte.
Es grande la distancia deste seno,
Pues corre la montaña de tal suerte,
Que sin hallar de tierra rasa corte
Pasan al mar del Sur y al mar del Norte.

Y cuanto mas se llegan mas lluviosas,
Pantanos, y las gentes no son tantas;
Mas esas pocas, bestias belicosas,
Desnudas de los piés á las gargantas;
Solo cubren las partes vergonzosas
Con cortezas ó hojas de las plantas,
Gentil dispusición, traza garrida
Ellos y ellas, mas de poca vida.

Entiendo las montañas adyacentes
Al Darien ó tierras de Balfano,
Que son de las de arriba descendientes,
Donde no hallareis asiento sano,
Antes en general todos dolientes,
Eso me da en invierno que en verano,
Porque los altos es tierra sania
Desde donde comienza la Catia,

Que es á lo de Antioquia mas cercana;
Y todas las provincias comunmente
Son caribes que comen carne humana,
Sin reservar á deudo ni pariente;
Y aquesta de Catia, mas serrana,
Es en comun (demás de ser valiente)
Nacion ingeniosa, bien vestida,
Y que vive con peso y con medida.

Y aun entre sus avisos principales
Historian las cosas sucedidas,
Mediante hieroglíficas señales
En mantas, y otras cosas esculpidas;
En oro y mantas crecen sus caudales
Con gran primor labradas y tejidas;
Raices es el pan cotidiano,
Porque la tierra lleva poco grano.

Pero como son ricos contractantes,
Y es de oro tan grande la ganancia,
De tierras mas viciosas y abundantes
Se lo suelen traer en abundancia.
Son bárbaros de miembros elegantes
Y de bravo denuedo y arrogancia,
Honestísimas todas las mujeres,
Gallardas y de bellos pareceres.

Alindados los rostros en faciones;
Mas ellos algo bazos y morenos,
De gran verdad en sus contractaciones
Sin de su crédito venir á menos;
Usan lanzas, y dardos, y bastones,
Y flechas, pero limpias de venenos,
Traen cabellos largos en su tierra,
Pero quitanselos habiendo guerra.

Ellas lo traen mucho mas crecido,
Segun en otras muchas partes vemos;
Es su comun manera de vestido
Largo, tanto que cubre los extremos;
Joyeles cuelgan de uno y otro oido
Y de narices, en valor supremos;
Usan de sus maneras de alcoholes,
Aman y quieren á los españoles.

Los adúlteros son aborrecidos,
Y cerca desto viven con gran cuenta
En no violar los maritales nidos;
Mas como deste mal algo se sienta,
Suelen tomar venganza los maridos
De los que les hicieron el afrenta;
Cualquier otro pecado les es blando,
Pero sin culpa siempre del nefando.

Aman á sus mujeres tiernamente,
En tal manera que les son subyectos,
Algunos hay que tienen mas de veinte
O las que puede para sus afectos;
No reconocen rey ni presidente
Que les imponga leyes y preceptos,
Mas cada cual lo es de su cabaña,
Y el que mas rico es, mayor compañía.

Pero todas las veces que se piensa
Sobrevenir beligeros aprietos,
Están unidos para su defensa,
Y entonces tienen príncipes eletos,
Los cuales tienen potestad estensa,
En ejercicio della circunspectos,
De cosas á la guerra concernientes;
Y á estos son subyectos y obedientes.

Tienen esclavos para sus servicios,
De gente que en la guerra se captiva,
Los cuales hacen rústicos oficios
Si no los come condicion esquivada,
Por usar todos destos maleficios;
Pero muerto su amo, como viva,
Es el esclavo del caudal entero
Y de mujer y de hijos heredero.

Si yenden un esclavo por chagalas,
De cuyo valor tienen certidumbre,
En una venta hacen tres iguales:
Una las manos por la servidumbre,
Otra la carne, que estas gentes malas
Tienen en esto pésima costumbre,
Otra por la cabeza, que ya muerta
Por honra grande ponen á la puerta.

Y aunque nunca jamás gente catia
En torpes borracheras se agasaja,
Con gran jactancia de su valentía
Dice quel español es una paja:
No les escede, pero todavia
Reconocen tenelles gran ventaja
En los fogosos tiros que disparan
Y en letras que sus ánimos declaran.

No se les han hallado santuarios,
Aunque los tienen otros desta tierra;
Y cuando combatidos de contrarios
Se ven los comarcanos de su tierra,
A ellos les dan sueldos y salarios
Para que les ayuden en la guerra,
La cual hacen leal y fielmente,
Sin declinar á tracto diferente.

Muchos dellos adoran la milicia
De las estrellas que su vista marca;
Del general diluvio dan noticia
Y gentes que escaparon en el arca;
Reconocen haber Dios de justicia,
Del cielo y de la tierra gran monarca;
Y aunque al demonio tractan con regalo
Temblando dél, conócenlo por malo.

Y así le llaman ellos al diablo
Cunicubá, que malo representa
En la lengua catia tal vocablo
Y otros ningunos hay de mas afrenta;
No le hacen pintura ni retablo,
Aunque los amenaza y amedienta:
Díceles qué crió todas las cosas,
Con otras invenciones fabulosas.

En su vulgar, á Dios llaman Abira,
Que representa sumamente bueno;
Al español por nombre dan Aira,
Que quiere decir, hijo de su seno;
Dellos el hechicero se retira,
Y si repara por aquel terreno,
Como sepan sus tractos, de tal suerte
Lo castigan, que muere mala muerte.

Para los casamientos hay terceros,
Y siendo moza, virgen y hermosa,
Promete buena copia de dineros
Aquel que la pretende por esposa;
Cuando se juntan, miran en agüeros,
Y á la doncella él tocar no osa
Si la que ya desea verse dueña
No lo convida con alguna seña.

Quando se mueren estos naturales,
Unos dicen que hembras y varones
Se transforman en bravos animales,
Como serpientes, tigres y leones,
Otros entiérranse con sus caudales,
Criadas y criados y otros dones,
Con fusia de tener en otra vida
Armas, oro, sirvientes y comida.

Estas son las costumbres de catios,
Segun se sabe ya de cierta ciencia;
Mas entre Nichi y Cauca, los dos rios,
Hay otra gente que se diferencia
En el lenguaje y en los atavios,
Y terreno mejor en influencia
Por ser de sementeras abundante
Y el morador soberbio y arrogante.

Es por naturaleza gente cruda,
Guerrera sobre todas las que cuento,
Gentil dispusición, pero desnuda
Como gozan de buen temperamento:
La cual no muestra ser torpe ni ruda
En admitir cristiano documento,
Pues toman bien lo que se les predica,
Y es sobre todas la nacion mas rica.

Porque quebradas, rios, vertederos,
Y cualquiera lugar que se catea,
Manifiestan auríferos veneros
Con quel avaro pecho se recrea,
Y la solicitud de los mineros
Saca bien proveida la batea:
Llámanse nutabees estas gentes,
Herbolarios demás de ser valientes.

Contráctanse con gente tahamia,
Que para guerra no fué gente manca:
Tienen gran hermandad y compañía
Y es la contractacion entrellos franca:
Sirven los tahamies hoy en dia
A Bartolomé Sanchez Torreblanca,
Y son los mas propincuos al partido
Del Nuevo Reino donde yo resido.

Mas entrellos y él hay naturales
Diversos y de vida mas sincera,
Desnudos, descuidados de caudales,
Y lijerisimos en gran manera,
Pues alcanzan silvestres animales
Sin alargarse mucho la carrera,
Baquiras mayormente, que son reses
Lijeras, y en faicion puercos monteses.

Y Antonio de Mancipe, que presente
Da relacion de muchas cosas destas,
Me dice tener bárbara sirviente
Que por zafanas rasas ó florestas
Corria como perra diligente,
Hasta tomar alguno, y á sus cuevas
Lo traia según fácil oveja
Asido de la pierna y el oreja.

Son hombres bien dispuestos y docibles
Para servir en lo que son instrutos;
Gozan de montes claros y apacibles
Que los regalan con diversos frutos;
Son las mujeres dellos convenientes
Mas que para servir hombres tan brutos,
Porque sacadas de sus naturales
Salen limpias y grandes serviciales.